

BAJAR
DEL
CIELO



La historia de Susan no empezó – ni siquiera para ella misma – el cinco de Febrero de aquel lejano año en el que nació. Su verdadera historia, esa que la hizo sentir plena, arrancó un cinco de Agosto, treinta y cinco años después.

Hasta ese cinco de Agosto Susan quiso. También fue querida... Y siempre fue feliz, o eso mismo creyó, sin ser consciente de que aún quedaban huecos sentimentales y físicos que no había conseguido, no solo llenar, sino tampoco percibir.

Pero fue a partir de ese caluroso y extraño día de Agosto cuando Susan amó, y también fue amada.

Todo comenzó como un juego, como dicen que suele pasar... pero esta vez era verdad.

Todo comenzó con una partida de ajedrez jugada en una calurosa tarde estival junto a la piscina de su lujosa urbanización.

Y las partidas de ese enigmático juego de mesa o terminan en tablas (y todos tan contentos) o alguien hace un jaque, y el otro queda “mate”.

Pues así pasó, aunque a ella misma le costara reconocerlo.

Durante la partida hablaron de sus parejas, de sus vidas, como siempre hacían, y de la última cena que habían compartido en casa de Susan el fin de semana anterior.

Bajo el sol abrasador, buscando la jugada perfecta, lo pasaron bien. La verdad es que siempre lo pasaban bien porque se conocían desde hacía mucho tiempo y tenían cierta complicidad.

Fue en mitad de la partida cuando Susan vio algo extraño que le hizo sentir mal. Juan miraba descaradamente sus senos, y en su rostro encontró tanto deseo que no pudo más que ruborizarse.

Tentada estuvo de levantarse y marchar, pero lo que hizo fue mirar en derredor para comprobar que ningún vecino les mirara. Se asustó.

Al ver que todos seguían en sus quehaceres, se sintió mejor.

Puri, la del quinto, enseñaba a nadar a su pequeña Estela, que no dejaba de mover manos y piernas con poco éxito, porque siempre terminaba hundiéndose.

Encarni, la del séptimo, leía un libro de Ken Follet mientras fumaba tumbada sobre una toalla de Fanta. A su lado, sus dos hijos daban cuenta de sendos sándwiches de mortadela.

Era Dioni, la vecina del segundo, quien le miraba con cierta extrañeza, pero no le sorprendió. Nunca se habían llevado bien desde aquel altercado en la reunión de la comunidad por culpa de una derrama, y además siempre pensó que iba detrás de su marido.

En realidad iba detrás del todo el bloque, y se comentaba que ya se había acostado con más de un vecino, a pesar de estar casada.

Uno de los muchos que decían que se había acostado con ella era precisamente Juan. Él siempre lo desmintió, y ella le creía.

Dioni siempre vestía de manera provocativa, con minifaldas que tapaban poco muslo, con generosos escotes, y en la piscina era un auténtico espectáculo con esas minúsculas tangas que la hacían más espectacular de lo que ya era.

Sí, era una mujer digna de las envidias de todas sus vecinas, incluida Susan.

En la mirada de Dioni encontró una sonrisa que le asustó. Era como si con ella le estuviera diciendo: “ya sé que estáis liados. No eres menos zorra que yo”.

Nerviosa, Susan se levantó tirando todas las piezas sobre el tablero.

- ¿No terminamos la partida? – preguntó Juan, mirando sus piernas y su braga sin ningún pudor

- no me apetece jugar más – dijo ella más nerviosa aún y dirigiéndose a la piscina para nadar junto a sus hijos que jugaban con una pelota.

Desde el borde de la piscina vio como Juan la miraba descaradamente, lo que le hizo ponerse más nerviosa aún.

Ese hombre – su amigo, y marido de su amiga – estaba mirándola, y no lo hacía como otras veces... En su mirada vio lascivia, y eso le asustó. También le gustó.

Ya ella misma se había visto especialmente guapa con ese bikini nuevo de rayas multicolor. Al probárselo, frente al espejo de su dormitorio, comprobó que le hacía un cuerpo diferente, mostrando más sus senos, haciéndolos incluso más grandes, y mostrando una figura diferente. Incluso su marido, al verla, se lo dijo.

- Cariño, estás espectacular.

Susan intentó olvidar lo que había pasado. Seguramente – pensó – todo eran imaginaciones suyas. Ese hombre era su amigo, y el marido de una de sus mejores amigas, y no tenía ningún motivo para pensar así de él.

Aunque intentó olvidarlo no pudo dejar de pensar en ello toda la tarde. Máxime cuando Juan no dejaba de mirar el dibujo de sus senos descaradamente.

Lo que no esperaba Susan era lo que pasaría a continuación.

Al ver a Dioni acercarse a Juan, pedirle fuego, sentarse a su lado, y charlar entre risas, se sintió... ¿cómo decirlo?... ¿celosa?

- Dios Susan, ¿qué te está pasando? – se preguntó contrariada, marchándose de la piscina sin despedirse de Juan y arrastrando a sus hijos con ella. Los niños lloraban porque no se querían marchar, pero ella tenía que huir de allí cuanto antes.

Más tarde, en casa, bajo la ducha Susan se sintió una mujer diferente a esa que ella misma había creado.

¿Qué te está pasando, Susan... qué te está pasando? – se preguntaba una y otra vez.

Hasta ese día Susan vivió feliz, queriendo a su marido, incluso creyendo amarlo, pero en eso del amor siempre hay algo más, algo prohibido que lo hace más excitante y deseable, algo que hay que guardar en secreto... Aunque no siempre se consigue.

Todo lo que pasó a continuación fue difícil por lo inesperado, peligroso por no saber controlarlo, llegando a escapársele de las manos, pero que, poco a poco, fue haciéndose también mágico.

Ella ya sabía que ese hombre, al que conocía y quería desde hacía mucho tiempo, era un hombre coqueto, juguetón y siempre bromeando con la sexualidad y la belleza.

A pesar de que siempre la había mirado de manera extraña nunca había reparado en ello. Al menos, nunca había llegado a pensar en nada que se alejara del ideal de la amistad. Ese hombre era un buen amigo, de esos que dicen que no se pueden tener.

Ella sabía que él siempre miraba sus pechos y sus piernas a escondidas, pero también miraba los de todas las demás vecinas de la urbanización.

A él le gustaban mucho las mujeres – como a casi todos – pero siempre había demostrado estar muy enamorado de su mujer y ser un muy buen amigo... Y eso le eximía de sospechas.

Él no era de esos hombres guapos que llamaran la atención, ni siquiera tenía buen cuerpo, pero sí tenía algo en su sonrisa que hacía que a todas las mujeres le gustara. Se podría decir que era un hombre que inspiraba confianza en ellas.

Durante varios días se evitaron ridículamente, llegando incluso a no coger el ascensor por si se quedaba a solas con él. También evitó bajar a la piscina. En cambio, no dejaba de espiar desde la ventana de su habitación por si le veía allí abajo.

¿Qué te está pasando Susan? – volvía a preguntarse al descubrirse en esa actitud.

La sorpresa definitiva llegó cuando una tarde de ese mismo verano se encontraron en la calle.

Esa tarde ella iba con sus tres hijos. Iba a comprar... no recuerdo el qué.

Y cerca de casa, en la plaza donde sus hijos compraban “chuches”, se encontraron. En realidad, ese día hizo todo lo posible por encontrarla, y no paró hasta que lo hizo.

Ella se extrañó al verle allí, donde nunca antes le había visto, pero no le dio importancia a esa invitación a café. Se sentaron en una terraza mientras los niños jugaban a su alrededor.

Él estaba nervioso, y ella se puso nerviosa también. Era su extraño comportamiento el que la mantenía en vilo. Además, una vez más, no dejaba de mirarla con esa extraña expresión que le hacía tan diferente.

- ¿Qué te pasa? – le preguntó nerviosa – estás muy raro. ¿Es por Mari?

- ¿por Mari? – preguntó él – no, no es por Mari. Es por ti

- ¿por mí? – preguntó totalmente derrotada, imaginando lo que iba a oír.

Así, casi sin esperararlo, se lo dijo.

- Te amo y te deseo desde que te conozco – le dijo tan serio que a punto estuvo de echarse a llorar. Los ojos le brillaban, y su voz temblaba

- ¿qué has dicho? – ella intentaba descifrar el mensaje recibido

- lo siento. Siempre me has gustado pero es ahora cuando ya no puedo más, y quería que lo supieras.

Ella no supo qué decir... y huyó.

No podía creer que alguien le pudiera decir algo así a esas alturas de su vida. Y menos él, que era su amigo, su vecino, y, para colmo, el ex marido de una de sus mejores amigas.

Lo que no sabía ella, mientras huía, era que esas palabras iban a hacer mella en su interior, y mientras caminaba temblorosa, de camino a casa, empezó a despertar algo que tenía escondido desde hacía mucho tiempo.

Ella – ahora se daba cuenta, aunque siempre lo hubiera sentido, ocultándolo - también se sentía atraída por él desde hacía muchos años, pero nunca pensó que pudiera ser real eso que siempre sospechó y a lo que tampoco hizo mayor caso.

Es más, cuando lo pensaba, sonreía graciosamente, sin rubor, sin mayores pretensiones, como hacía cuando pasaba junto a ese lujoso chalé que había detrás de su casa... También le gustaría tenerlo, pero no le hacía falta para sentirse feliz.

Ella estaba casada, y con tres hijos. Él era más joven, y estaba recién separado, lo que le llevaba al deseo de volar libre.

Y el verano continuó mientras ellos se evitaban. En realidad era ella quien lo hacía, dejando de ir a la piscina, aunque fuera lo que más le apetecía hacer.

Pero esas palabras que le había regalado se acostaban con ella, se levantaban con ella, viajaban con ella, y jugaban con ella.

- Te amo y te deseo – le dijo asustándola.

Ahora, al recordarlas, sonreía.

- Yo también te amo – empezó a repetirse a sí misma, cada vez que se encontraba con él, cada vez que lo veía en la piscina, cada vez que cerraba los ojos... y cada vez que los abría.

Y pasaron el verano alejándose y buscándose. Por suerte, o por desgracia, se veían todos los días en la piscina de la urbanización. Ella quería alejarse de ella, pero no podía evitar que sus niños disfrutaran. Ellos no tenían la culpa de nada.

Ella sabía que no podía pasar nada entre ellos. La misma idea de imaginarse desnuda junto a él le escandalizaba, pero no podía impedirse a sí misma el sentirse bien al saber que alguien como él la deseaba de esa manera tan pasional.

Empezó a recuperar algo perdido... ese sentimiento vivo de volver a sentirse mujer y, sobre todo, de sentirse deseada por alguien.

Ella dormía con su esposo pero era otro hombre el que compartía sus sueños.

Ella ya no se duchaba sola, y sus duchas se hicieron más largas y más emotivas.

Ella paseaba con su marido y sus hijos, pero era a él a quien buscaba.

Fue el teléfono móvil quien habló por ellos, porque cuando estaban cerca ni se atrevían a mirarse. Sólo lo hacían a escondidas, evitando que los demás se dieran cuenta de que entre ellos había algo más que una bonita amistad.

Tenían tanto miedo de lo que ya estaba desbordando su propia sensatez que hasta tenían miedo de demostrarse a sí mismos que en esos momentos no había otra cosa en sus vidas.

Entonces él intentó amarla, pero ella no quiso. Y lo intentó otra vez... y otra... y otra... y mil más.

Y finalmente amó – y fue amada – como solo los animales salvajes pueden serlo, y descubrió un nuevo concepto de esa palabra llamada amor.

Ella nunca fue un animal salvaje, aunque en muchas partes de su vida hubiera sufrido esa sensación febril que acompaña a la locura al ver una película erótica, al leer un pasaje sensual, o simplemente al ver una pareja besándose y tocándose en las oscuridades y en la soledad que provoca la multitud en una discoteca.

Fue él quien le hizo desatar al animal que había mantenido encerrado, alejado de ella misma.

Y amó y fue amada, pero a escondidas.

Se besaron por primera vez una tarde de frío, cuando el verano ya se había ido.

Él aprovechó para ir a su piso una tarde que sabía que estaba sola. Ella, al verle, sintió que las piernas perdían sus fuerzas.

No puedo recordar si intentó echarle o no, pero cuando lo abrazó ambos dijeron lo mismo, lo que les hizo sentir mejor aún: ¡Por fin!

Ni siquiera los nervios ni el miedo pudieron restar un ápice de belleza al momento.

Lentamente se besaron, tímidamente se tocaron, cortésmente se desnudaron, y después, violentamente, se saciaron.

Se saciaron tanto que tuvieron que repetir al día siguiente. Y volvieron a saciarse, comprendiendo que el término saciarse no es posible cuando de amor se trata.

Después, durante un largo tiempo, se amaron en la distancia porque ambos sabían que estaban jugando con fuego. Y el fuego es incontrolable, y termina cambiando de dirección, quemándote.

Mejor así – pensaron ambos, alejándose solo físicamente porque su amor se hacía más intenso y enraizado.

Y llegó el siguiente verano. Y volvieron a amarse de nuevo.

Hicieron el amor escondidos en la noche, y hasta en un bonito Motel de carretera, pero, sobre todo, lo hacían con la mirada, en la piscina, en la calle, o donde quisiera que estuvieran.

El hombre que la sació de placeres infinitos no fue ese hombre con el que había compartido una vida plena en la tierra. Ese hombre, o animal, o como ni ella misma sabría calificar, fue el que la llevó al cielo al que nunca supo, o no la supieron hacer llegar.

Aun así Susan renunció al cielo que su amante le mostró día tras día, incluso cuando no estaba con ella, porque sabía que ese cielo que le mostraba no era real, sino la antesala del mismo infierno.

Finalmente fue en otro infierno donde se quemó... en ese que no era otro que su propia vida alejada de él.

El cielo no estaba donde siempre creyó. Lo malo es que, como suele suceder, lo comprendió cuando las puertas ya habían sido cerradas.

Toda la pasión y el amor - desmedidos ambos – hicieron que perdieran la cordura, dibujando su mundo solo de ellos mismos.

Y eso no podía ser. Ambos lo sabían, pero sobre todo ella.

Y le dolía todo el cuerpo, y todo el alma. Y le dolía de verdad, con un valor desmedido que la estaba llevando al insomnio, a la tristeza, y a una melancólica depresión de la que no podría salir si no actuaba con rapidez.

En juego no estaba la vida de su marido, ni siquiera la de sus hijos... Ahora la que estaba en juego era la suya.

Y pensó a solas... sin ellos, sin él, provocando una futura sequía en sus ojos.

Ella siempre había querido a su marido, y siempre había pensado que su amor por él sería algo eterno.

Fue él quien le dio los grandes momentos de su vida. Fue con él con quien compartió los días más intensos de su vida. Fue con él con quien compartió todos los momentos de antes, de durante, y de después de todos sus partos.

Juntos habían vivido en la tierra, y en ocasiones habían llegado a acariciar las nubes.

Pero llegaste tú y me llevaste al cielo. ¡Y qué difícil es bajar de él cuando ya sabes que existe y solo tienes que alargar la mano para tocarlo!